

dosas exortaciones. Montando en zelo del divino honor el nuevo Elias Apostolico, dia de la Santissima Virgen de los Dolores, que se contaban dos de Abril, del año de seiscientos, noventa, y quatro, como à las cinco de la tarde, tomó una Cruz pequeña en la mano, y con los Indios Christianos se fue à la Plaza del Pueblo, endonde à aquella hora se juntaban los Idolatras à encender sus fuegos en honor de sus Idolos. Quiso entrar en el infame adoratorio, para conculcar tanto supersticioso simulacro, mas le estorbò la entrada un Barbaro, que hacia papel entre ellos de Sacerdote, con una lanza en la mano, y toda la fealdad de Lucifer en el semblante. A esta accion se retirò el zeloso Predicador, y formando sobre unos maderos, que alli avia, pulpito, les predicò con valor apostolico, detestando sus errores, y conminandolos, si no se convertirian, con fuego del Cielo, que lloveria el verdadero Dios sobre ellos, y sus Idolos. Entendieron esta amenaza por los Interpretes, que sin duda fin-

copaban razones, obligados de su temor, y conocido peligro. Tomò un Gentil un tizon, y poniendolo en las manos del Padre, le decia, mofando, que pegara fuego en las chozas. El V. Padre respondió, que el no quemaba casas, sino su Dios, que podia hacerlo, irritado de su ostinada malicia. Fuese el Padre muy lloroso à su posada, y quedaron los Barbaros mofando: mas apenas anocheció, començaron à convertirse las risas en lamentos, porque desatado un globo de fuego en furioso torbellino, parecía el Pueblo un trafunto del Infierno en llamas, voces, y alaridos. Todo quedò reducido à pabefas, menos la morada del Padre, y diez casas à ella contiguas. Venian los Indios con furor diabolico à vengar en el lloroso Padre sus iras, y los detenia el temor de los Españoles, que ya sabian aver para alli camino, y una oculta fuerza, que les ataba las manos, quedandoles solo libres para arrojarle à empellones al campo, por donde avia venido. Allí, como una legua retirado, pasó la noche,

tra-

tragando tantas muertes, como sustos, pues no cessaban los Barbaros de ir, y venir con amenazas, por alejarle de su tierra, azorados del horroroso incendio. Lo que à este se siguió, darà bastante materia el Capitulo, que ya prosigo.

CAPITULO XXI.

Vuelve Fr. Antonio de Cobàn: entra de nuevo con su Compañero en el Pueblo, y vista su protervia, se retiran à Guatemala à continuar sus designios.

A Maneciò el Sabado, y con la luz del dia volvió nuevo susto, y se acrecentaron en confuso tropel los temores. Dos de los Indios, que dexamos dicho aver escapado con vida, y que volvian al Pueblo con Fr. Antonio (agitados de la nativa propension, que tienen de llevar nuevas à los suyos, y mas si son funestas) adelantaron el passo, y con las luces, que se regis-

traban dei nocturno incendio, calzando alas à los pies, llegaron à verse con los suyos, y entre confusas lagrymas de ver arder sus casas, aumentaron la turbacion, refriendo la muerte de los diez compañeros, que avian despachado à Cobàn. Con tan duplicada perdida no es ponderable el extremo, con que daban à mostrar su sentimiento. Como Abispas irritadas salieron al encuentro à Fr. Antonio algunos de ellos, y con semblantes sañudos, à quienes prestaba mas horror el tinte denegrido con que adoban la tez en tales ocasiones, le instaban, se volviessè por donde avia venido: y que de passar adelante, experimentaria la atroz muerte, que avian dado à su Compañero, quien quedaba ya sepultado, para escarmiento del incendio, que por su causa les avia assolado todo el Pueblo.

Robaronle al bendito Padre algunas hachas, cuchillos, y otras mercerías, que llevaban los Indios amigos para los Caziques, y forcejaban en que retrocediessè, sin llegar al puesto donde estava Fr. Melchor, espe-

esperando, que este muriese à manos de la necesidad, y Fr. Antonio no tuviese el consuelo de hallar vivo al que le pintaban ya difunto. No se acobardò por esto el animo invicto de nuestro Heroe, antes si suspirando por el martyrio, que le hacian creible sus buenos deseos, y le persuadian las heroicis resoluciones de su Venerable Compañero, insistio en que le avian de ver sus ojos ô muerto, ô vivo. „ Yo „ no me he de volver sin mi „ Hermano, decia lloroso Fr. „ Antonio, llevadme donde „ està su Cuerpo sepultado: „ quiero estrecharle entre mis „ brazos, y ya que no muera „ con èl, lo trasladarè à tierra „ de Christianos, para dar à sus „ huesos honrosa sepultura. Viendo los Lacandones su constancia, lo dexaron solo, y se partieron à su Pueblo confusos. Prosiguiò el Padre su viage con los Indios mansos de Cobàn, en busca de su querido Hermano: à poca distancia se encontrò con èl, y hallandole vivo, apenas se persuadia ser cierto lo mesmo que le evidenciaban sus ojos. Es-

trecharonse aquellos dos finos amantes, y el sumo regocijo de verse, no les dio lugar para hablarse. Las lagrymas, que regaban sus rostros, sustituyeron las voces: y en vez de palabras se percibieron suspiros. Assi estuvieron largo tiempo alabando al Señor sus corazones, y despues que dio lugar lance tan tierno, confabularon lo sucedido, y en hacimiento de gracias, formando Altar de ramas en aquel desierto, dixeron Missa con las ternuras, que motivaban tan inopinados sucesos.

Confortados con el Pan de los Angeles, se entraron intrepidos en el Pueblo, y aunque los repelian con mas violencia que antes, no se daban por vencidos, reconviniendoles charitativamente con lo antes pactado de admitir la Fè, si los Españoles de Cobàn los admitiessen de paz, como avia sucedido: que los dos Lacandones, que escaparon con vida, eran oculares testigos de la buena acogida, que encontraron, y del amor con que fueron acariciados, y recibidos. Era cantar de melodìa à

los

los Tigres proponerles verdades, y razones: porque ocupadas sus potencias con el recuerdo de la muerte de sus difuntos, y los ojos ciegos cò las cenizas, que aun estaban sacudiendo los techos de sus chozas, reducian sus respuestas à cantos lugubres, que explicafsen sus vivos sentimientos. En tratandoles de Dios, y de nuestra vida Christo, se escandalizaban, y decian: que aquel Dios de los Padres fuese para solos ellos, que era muy bravo, y quemaba casas, matando tambien à la gente: que con sus Idolos estaban bien hallados, pues de ellos recibian sus hijos, vida, y sustento. Que no querian dexar sus antiguos Dioses, ni entregarlos, ni menos admitir otra ley, que en la que se avian criado. Que agradeciessen à los Caziques, y Principales, el que no los despedazaba, y comia el vulgo inquieto, como lo pedian, y deseaban se les permitiessen. Instaban los Padres con animosas voces, que aquellos Idolos, fingidos Dioses, eran demonios verdaderos: que se perdian sus almas si, no recibian la Fè, y

Baptismo Santo: mas toda la eficacia de palabras de los zelosos Missioneros hallò resistencia en aquellos corazones de pedernal, que à este estado los reduxo su obstinada malicia.

Hablando de estos lances el Licenciado D. Juan de Villagutierre en la Reducción, que diò à la prensa, de los Gentiles Lacandones, parece, atribuye à algun acaso el incendio, que dexamos referido: mas teniendo presente su relacion, y la que dà en el Sermon de Honras del V. Fr. Melchor impresso el Ilustrissimo, y Reverendissimo Señor D. Fr. Pedro de Urtiaga, Obispo Consecrado de Porto-Rico, que el año siguiente de este suceso acompañò à los Padres, como Missionero, que era de este Colegio de la Santa Cruz de Queretaro, y de quien hace honorifica mencion dicho Villagutierre en varias partes de su Libro, se debe estar à lo que llevamos escrito: puesto, que va mucha distancia de escribir en Madrid por relacion de otros, ô afianzar una noticia por escrito, el que habló, y tra-

tò

to á los mesmos, que fueron parte, ó el todo en las circunstancias de este acaecimiento. Refiere asimismo dicho Villagutierre algunas cosas de esta entrada con antelacion al tiempo sucedido, sin variar en lo substancial de los sucesos. La ingenuidad, y limpieza con que escribe, es manifesta: qualquiera equivocacion, que el Critico descubriere, tiene sobrada disculpa en la mucha distancia, que acrecienta, ó disminuye las cosas, segun se las representa á la vista.

Despues de algunos dias, que se mantuvieron los Religiosos en esta piadosa porfia, viendo, que se continuaba en aquellos Barbaros la protervia, se resolvieron á no perder mas tiempo sin esperanza de fruto, y dexar, que llegasse la hora de Dios para la conversion de aquellas gentes. Al despedirse de estas ingratas fieras los dos Padres, vertian inconsolables lagrymas, y vertieran la sangre de sus venas, si con ella pudieran dar remedio á tantos males. Volviendo las espaldas, dieron todas las velas al sentimiento, ofreciendo

al Señor el martyrio de no dar por su gloria hasta la ultima gota de sangre de sus venas. Las lagrymas, con que regaron aquel inculto bosque, no fueron infecundas, pues al año siguiente, como veremos, se cogieron de esta miès colmados frutos. Volvieron, pues, por el mismo camino, que avian entrado, enderezando sus passos á Guatemala, para representar á la Real Audiencia todo lo sucedido, y suplicar, se entrasse con armas á la reduccion de estos Gentiles, y otras muchas Naciones, de que tuvieron noticia por los mesmos Lacandones. No era su animo, como se dexa ver, el que las armas se enfangrentassen, para reducirlos: solo si, que sujetassen la cerviz á la obediencia de nuestros Catholicos Principes, movidos del temor, y ya sujetos, proponerles las verdades de nuestra Santa Fè, con que voluntariamente pidiesse ser bautizados: lo qual no solo es licito, mas es lo que practicaron felizmente los primeros Ministros de esta America, como verà difusa, y nerviosa la question en el Doctor

Don

Don Juan de Solorzano, en el Ilustrissimo Montenegro, y en nuestro Torrecilla, el q̄ quisiere hacerse capaz de esta materia.

Con los Indios amigos llegaron á Vera-Paz, renovandose en los Christianos Españoles el alborozo de verlos salir con vida: y en un Pueblo de Indios Choles encontraron quatro Missioneros, que iban á acompañarlos del Colegio de Queretaro, endonde se juntaron el dia catorce de Mayo, del mismo año de noventa, y quatro, dandose reciprocamente los placemes de ser destinados por la Obediencia para emplear sus sudores, y sus vidas en la conversion de las almas de aquel dilatado Reyno. Los seis Missioneros partieron luego á la Ciudad de Guatemala, y fueron recibidos en nuestro Convento Grande con singularissimas expresiones de fraternal amor. Presentaron al Señor Presidente de aquella Real Audiencia una carta del Guardian del Colegio de la Santissima Cruz, en la qual rendidamente suplicaba á su Señoria, se sirviessse assignar algun lugar comodo

para Hospicio de aquella Grey pequena, en tanto que de España venia licencia para fundar Colegio. Concedioseles con toda solemnidad el sitio, y Capilla del Santo Calvario: y el dia de Corpus por la tarde, que se contaban diez de Junio, con asistencia de tres Comunidades tomaron posesion de aquella Santa Casa. Estuvieron algunos dias en el Hospicio, observando en él la sequela del Choro, y actos regulares, con la exaccion que pudieran en el mas observante Colegio. Aqui estuvo nuestro Fr. Antonio hasta diez de Julio, en que con el Padre Fr. Pedro de la Concepcion, y Urtiaga se partiò de nuevo á un Pueblo de Choles, Provincia de Vera-Paz, con animo de aprender la lengua Cholti, y pasado el dia de N. S. P. San Francisco, entrar á visitar las Iglesias, que avia fundado el año antecedente en los Choles. Por este tiempo se trataba de abrir el camino por tierra desde Campeche á Guatemala, y por los terminos de los Indios Choles trabajò varonilmente Fr. Antonio en esta em-

pref-